

CASCABULLO

*“Parte de arriba de la bellota,
que la une al árbol”*

Al otro lado del camino hay una amplia y solitaria dehesa. No queda lejos, pero el peligro se cierne al cruzar el margen. Observa las decenas, cientos de encinas que abarca. Piensa en su fruto, crudo, tostado para paliar el hambre de los suyos, de todos ellos. Ansía las bellotas que colman sus ramas y alimentan las bocas de los marranos. ¿Y las de sus hijos quién las alimenta? Un caserío destaca en mitad del coto. La vida permanece ausente más allá de sus ventanas. No percibe la presencia de guardas. Atravesará la linde. Es peligroso, los árboles no le pertenecen, pero las tierras expropiadas son de todos. Ve caer la tarde. Mira a ambos lados del camino. Nadie pasea por el estrecho tramo. Lo cruza. Corre hacia el encinar cargado con dos sacas y la esperanza de llevar al hogar alimento que silencie el rugir de tripas, el llanto y la pena. Arranca sus frutos y los pega a su nariz. Distintas voces braman en la distancia: ¡¿Quién va?! Son los guardas. Desea volver a lugar seguro. Abandona las sacas y con un puñado de bellotas en cada mano huye en busca de un lugar donde ocultarse. Es tarde. La detonación rompe el silencio. Los frutos, aferrados a sus manos caen al suelo y ruedan lejos. Un pedazo de plomo le atraviesa la espalda. Da de bruces contra la tierra. Oscurece. Siempre es de noche para los hambrientos. Hace unos días me acordé de los del 25 de marzo.

SEUDÓNIMO: La Mujer de los Tiempos